

claro que estos no han hecho mas que transformar en realidad las abstracciones, y suponer modificaciones ó cualidades anteriores á los entes ó sujetos susceptibles de ellas, y relaciones independientes de las cosas entre quienes únicamente pueden subsistir. Sin embargo, si la moral es la regla de los hombres que viven en sociedad, solo puede existir con ellos, y fundarse en las relaciones que se estableciesen reciprocamente. Una moral anterior á la existencia de los hombres y de sus relaciones, sino es por el principio de que deriva la verdadera sancion, es una moral aérea, una verdadera quimera. No puede haber ni reglas, ni deberes, ni relaciones entre entes que solamente existen en los espacios imaginarios.

No hablamos de la moral religiosa, cuyo objeto es el conducir á los hombres por caminos sobrenaturales. Solo pretendemos proponer en esta obra los principios de una moral humana y social, conveniente al mundo en que vivimos, en el que la razon y la esperiencia bastan para guiar á la felicidad presente que se proponen los hombres viviendo en sociedad; los motivos que esta moral presenta son puramente humanos, esto es, únicamente fundados en la naturaleza del hombre, tal y como ella se muestra á nues-

tros ojos, prescindiendo de las opiniones que dividen al género humano, en las cuales no debe entrar una moral universal para todos los hombres. Antes somos hombres que religiosos, y cualquiera que sea la religion que se abraza, su moral no debe ni puede destruir la naturaleza ni la sociedad.

Los filósofos están todavía divididos acerca de la naturaleza del hombre, y sobre el principio de sus operaciones y facultades, tanto visibles como ocultas: unos, en gran número, pretenden que sus pensamientos, sus voluntades y sus acciones no deben atribuirse á su cuerpo, el cual no es mas que un conjunto de órganos materiales, incapaces de pensar y de obrar, si no fuesen movidos por un alma, ó por un agente espiritual, distinto de este cuerpo, que solo le sirve de cubierta ó de instrumento. Otros, pero muy pocos, contradicen la existencia de este motor invisible, y creen que la organizacion humana basta para obrar el bien y el mal, y para producir los pensamientos, las facultades y los movimientos de que es el hombre capaz.

No nos detendremos, pues, en discutir estas opiniones tan diferentes: para saber lo que el hombre debe hacer en sociedad no es necesario remontarse tan alto. Así no examinaremos ni la causa secreta que puede mo-

ver al cuerpo, ni los resortes invisibles de que se halla compuesto, dejando estas investigaciones á la metafísica y á la anatomía. Para descubrir los principios de la moral, contentémonos con saber que el hombre obra, y que su modo de obrar es en general el mismo en todos los individuos de su especie, sin embargo de las variaciones esterioras que los distinguen. El modo de ser y de obrar, comun á todos los hombres es bastante conocido para poder deducir de él con certeza la manera con que deben conducirse en el camino de la vida. El hombre es una criatura sensible; esta disposición, cualquiera que sea la causa que produzca su sensibilidad, reside esencialmente en él, y basta para hacerle conocer tanto lo que se debe á sí mismo como lo que debe á los otros con quienes se halla destinado á vivir sobre la tierra.

Las variedades casi infinitas que se observan entre los individuos que componen la especie humana, no impiden que una misma moral les convenga á todos; ellos son unos mismos en el fondo, y solamente se diferencian en la forma esterior: todos desean ser felices, aunque no pueden serlo de una misma manera. Si se encontrasen hombres de tal modo conformados á quienes no pudiesen convenir

los principios de la moral, no dejaria de ser menos cierta por esto: todo lo que se podia inferir de este caso era, que no se habia hecho para unos hombres constituidos diferentemente de todos los demas. No existe moral alguna para los monstruos, ó para los insensatos; la moral universal solo pertenece á las criaturas racionales y bien organizadas; en estas la naturaleza no varia, y solamente hay que observarla bien, para deducir de ella las reglas invariables que deben cumplir.

No es este el lugar de examinar si el hombre está destinado para otra vida; esto es, si su alma sobrevive á la ruina de su cuerpo, ó si la muerte le destruye enteramente: á la metafísica y á la Teología pertenece el discurrir estas cuestiones, que no pretendemos tocar de modo alguno. La moral que presentamos, es el conocimiento natural de los deberes del hombre en la vida de este mundo: cualquiera que sea la opinion que se adopte acerca de su alma y de la suerte futura de ella, bien que sea inmortal ó que no lo sea, los deberes de la vida social serán siempre los mismos, y para descubrirlos basta saber que el hombre es sensible al placer y al dolor, y que vive con hombres que sienten como él, cuyo afecto y benevolencia debe grangearse para lograr lo que le aplace, y para alejar de sí lo que puede desagradarle.

Sean cuales fueren las teorías que se adopten en este punto, por mucho que sea el escepticismo ó la incredulidad, procediendo de buena fe, jamas podrá nadie deslumbrarse de tal modo que dude de su propia existencia, ni de la de los entes que se nos asemejan, de los cuales estamos rodeados, en quienes influyen nuestras acciones, y que reciprocamente influyen en nosotros, segun el modo con que los afectan estas mismas acciones. En una palabra, jamás podrá dudarse que existen relaciones necesarias entre los hombres que viven en sociedad, y que contribuyen á su bien estar ó á su infelicidad recíproca.

Si alguno adoptase el sistema de Berkeley, escéptico extravagante, en cuya opinion no existia cosa alguna real y verdadera fuera de nosotros, existiendo solo en su imaginacion y en su propio cerebro todos los objetos que la naturaleza presenta al hombre; aun esta hipótesis sutil y caprichosa no escluiria la moral; porque si, como este filósofo lo supone, todo lo que nosotros vemos en el mundo no es mas que una ilusion ó un sueño continuo, siguiendo los preceptos de la moral, los hombres tendrian al menos sueños seguidos, agradables, útiles á su reposo, conformes á su bien estar durante su sopor en este mundo, y los individuos que así soñasen, no

se molestarian los unos á los otros con sueños dañosos y funestos.

Yo no dudo, dice un moderno, *que hay virtud y vicio, así como hay salud y enfermedad.* Las nociones primitivas de la moral son inconcusas y evidentes: de ellas solas pueden deducirse todos los deberes del hombre social, y segun ellas fijarse el camino que conduzca á la felicidad de la vida presente en los diferentes estados que el destino le coloque, y conforme á las diversas relaciones que medien entre él y las criaturas de su especie.

Esto supuesto, el sistema que intentamos presentar no ataca de ningun modo los cultos ni las opiniones religiosas establecidas en los diferentes pueblos de la tierra; solo se propone indicar á los hombres, de cualquier país ó religion que sean, los medios que la naturaleza les suministra para obtener el bienestar á que ella misma les impele necesariamente, é indicarles los motivos naturales que les excitan y estimulan tanto á obrar el bien como á huir del mal. En una palabra, una moral humana no tiene por objeto sino la conducta de los hombres en este mundo, dejando á la Teología el cuidado de conducirlos á la otra vida. Las religiones de los pueblos varian en los diferentes países de

nuestro globo; mas los intereses, los deberes, las virtudes y el bienestar son unos mismos para todos cuantos le habitan.

Algunos sabios de la antigüedad pretendieron que la filosofía era *la meditacion de la muerte*; (1) pero ideas menos lúgubres y mas conformes á nuestros intereses harán que nosotros la definamos *la meditacion de la vida*. El arte de morir no necesita aprenderse; el arte de vivir bien interesa mucho mas á los entes dotados de razon, y debiera ocupar todos sus pensamientos en este mundo. El que haya meditado bien sus deberes y los haya cumplido fielmente, gozará de una felicidad verdadera durante su vida, y la dejará sin temor y sin remordimientos. *La vida*, dice Montaigne, *no es de suyo ni un bien ni un mal, sino el lugar del bien y del mal, segun que en él se practica el uno ú el otro. En mi dictámen, no el morir sino el vivir felizmente es lo que constituye la humana felicidad*. Una vida adornada de virtudes, es necesariamente feliz y dichosa, y ella nos condace tranquilamente á un término, en el que ninguno podrá arrepentirse de haber seguido el camino designado por la natura-

(1) *Tota Philosophorum vitæ commentatio mortis est.*
Cicer. Tuseul. I. c. 3o. 3r.

leza. Una moral conforme á la naturaleza nunca jamas puede desagradar á su autor.

El hombre es siempre un ente sensible, esto es, capaz de amar el placer y de temer el dolor: en toda sociedad se halla rodeado de criaturas sensibles, que como él, buscan el placer y temen el dolor; estas no contribuyen al bienestar de sus semejantes sino en cuanto el placer que recíprocamente se causan los determina á ello; y reusan contribuir á este bienestar siempre que los otros los molestan ú ofenden. Hé aquí los principios en que se puede formar una moral universal ó comun á todos los individuos de la especie humana. Por no conocer estos principios incontestables, los hombres se hacen mutua y frecuentemente desgraciados, tanto que muchos sabios han creído que la felicidad se hallaba para siempre desterrada de esta vida.

No adoptemos, pues, estas ideas afflictivas; creamos firmemente que el hombre ha sido criado para ser feliz, no le aconsejemos que renuncie á la vida social, bajo el pretexto de sustraerse á los inconvenientes que la acompañan; mostrémosle que estos están contrapesados de otras mucho mayores y mas apreciables ventajas. Los vicios, los delitos y los defectos que atormentan á la sociedad, son consecuencias de la ignorancia, de la

inesperencia y de las preocupaciones que tiranizan todavía á los pueblos, porque son muchas las causas que se han opuesto y oponen de continuo al uso y ejercicio de la razon. La moral, como la mayor parte de los conocimientos humanos, ha sido hasta aquí tan imperfecta y tenebrosa, á causa de que no se ha consultado suficientemente la esperiencia, y porque ha sido loca y temerariamente contrariada la naturaleza, que debió seguirse constantemente por guia. Las costumbres de los hombres se hallan tan corrompidas porque los mismos que debian conducirlos á la felicidad por la observancia de los preceptos de la moral, á causa de no haber conocido sus propios intereses, juzgaron que era preciso que los hombres fuesen ciegos é irracionales, para oprimirlos y esclavizarlos mejor de este modo. Si la moral no ha contenido y morigerado á los pueblos, fue porque las potestades de la tierra no le han prestado nunca el auxilio de las recompensas y de los castigos que tienen en sus manos. Los gobiernos injustos han temido la verdadera moral; los gobiernos negligentes la miraron como una ciencia de pura especulacion, cuya práctica era totalmente indiferente á la prosperidad de los imperios; no conocieron que la moral sola es la base firme y segura de la felicidad

pública y particular, y que sin ella se arruinan y aniquilan los estados mas poderosos y opulentos.

Así que no admitamos los principios insensatos de un filósofo célebre por sus paradojas, que hizo el mayor empeño en probarnos que *los vicios particulares se convertian en provecho de la sociedad*; (1) á no ser que este autor haya querido probar á sus conciudadanos con una sátira ingeniosa, la imposibilidad de conciliar las virtudes sociales con la pasion desordenada de las riquezas y del lujo, que enteramente las destruye y aniquila. Diremos, por el contrario, que los vicios de los particulares influyen siempre de un modo mas ó menos funesto en el bienestar de las naciones. Los vicios epidémicos les causan frecuentes trastornos y desórdenes, de los que al cabo vienen tarde ó temprano á ser victimas. Los vicios de los individuos destruyen la felicidad de las familias, y la union de estas forma las Naciones. La pretendida actividad que los vicios dan á los hombres, es

(1) Mandeville, en la *fábula de las abejas*. Es muy probable que el verdadero designio de este ingenioso autor en su obra ha sido el hacer ver que era preciso renunciar enteramente á las buenas costumbres en un pais como el suyo, donde las miras del Gobierno y de los particulares se fijan demasiado en las riquezas. Véase sobre esto el Cap. I de la Seccion IV.

igual á la que produce una fiebre : los países donde domina el lujo, se asemejan á los enfermos imprudentes, en quienes los alimentos escesivos se convierten pronto en veneno. Las riquezas desmedidas de un pueblo solo sirven para hacerle de dia en dia mas vicioso y miserable.

Se nos dirá, quizá, que á un gobierno le es indiferente, con tal que sea rico y poderoso, el cuidar de las costumbres de los hombres; mas responderémos que estas costumbres interesan á todos los ciudadanos, á quien nunca puede ser indiferente el que sus asociados sean buenos ó perversos cuando tienen que vivir con ellos; diremos, ademas que un estado, para ser floreciente y poderoso, necesita mas de virtudes que de riquezas; diremos, enfin, que á una nacion le es mucho mas importante el ser feliz, que el tener grandes tesoros y fuerzas, de las que estará muy á peligro de abusar á cada paso. La opulencia y la fuerza de una nacion, malamente confundidas con su verdadera felicidad, son para ella frecuentemente causas próximas de ruina y destruccion.

Los vicios y las pasiones de los particulares jamas son útiles al estado; podrán quizá serlo á los déspotas, á los tiranos y á sus cómplices, que se valen de los vicios de los súb-

ditos para dividirlos de intereres, y sojuzgar á los unos por medio de los otros; pero si la utilidad de estos personages es la única que tuvo presente el autor de quien hablamos, entonces ha confundido el interes de una nacion con el de sus mas crueles enemigos. Enfin, toda esta obra presentará en cada línea una refutacion de este sistema temerario, y hará ver las funestas consecuencias de la tiranía ó de la negligencia de los que debieran regular las costumbres de los hombres.

Por un efecto de esta misma perversidad ó indiferencia se descuidó la educacion enteramente, ó la que se dió nunca fue capaz de formar hombres sociables y virtuosos. Enfin, en el seno de la disipacion y de los insípidos placeres, no se estudia ni se aprende una moral demasiado austera y molesta para hombres viciosos y frívolos; la mayor parte se contenta con algunas nociones superficiales, creyendo saber bastante para vivir en el mundo. Pocas personas se toman el trabajo de examinar y seguir la serie de los principios y motivos que regulan constantemente sus acciones. Todos pretenden ser buenos jueces en la moral, al paso que nada es mas raro que hallar hombres que tengan de ella unas ideas puras y sencillas; todos en la teoria re-

conocen su utilidad, pero muy pocos se afanan por practicarla; todos con las palabras respetan y ensalzan la virtud, y casi ninguno ha llegado á definirla bien. En fin, en la multitud inmensa de tratados sobre la moral que inundan el universo, apenas se encontrarán máximas y preceptos capaces de ilustrar al hombre sobre sus deberes.

Por otra parte, una preocupacion muy universal intenta persuadir no solo que los antiguos lo han dicho todo, sino tambien que las costumbres antiguas eran mejores que las presentes. Muchas personas admiten sin duda la fábula de la *edad de oro*, ó al menos se imaginan que los pueblos en su origen eran mas virtuosos y mas felices que sus descendientes. Basta la menor reflexion sobre los anales del mundo para destruir semejante opinion. Las naciones en sus principios no han sido mas que unas tribus salvages, y los salvages no son ni felices, ni sabios, ni verdaderamente sociables. Si acaso estos estuvieron esentos de las infinitas necesidades que despues inventaron el lujo y los vicios que produce, tambien fueron feroces, crueles, injustos, turbulentos, y enteramente agenos de justicia y humanidad. Si los primeros tiempos de Roma nos ofrecen en los Curios y en los Cincinatos ejemplos de frugalidad, nos hacen

hacen ver por el contrario en todos los Romanos una ambicion injusta, pérfida é inhumana, que en ningun modo previene en favor de su moral. En la república de Esparta, cuyas virtudes tanto se nos ensalzan, el hombre de bien ve solo una tropa de foragidos tan malvados como austeros.

La antigüedad nos presenta pueblos guerreros, pueblos poderosos, pero no pueblos virtuosos y sabios. Esto no debe admirarnos; las costumbres de las naciones son siempre el fruto de las ideas que les inspiran los que las gobiernan. La verdadera moral ha tenido que combatir siempre y constantemente las preocupaciones arraigadas en el espíritu de los pueblos, los usos y las opiniones consagradas por el tiempo, y sobre todo los falsos intereses de los que movian la máquina política. ¿Qué moral y que virtudes sólidas y verdaderas podian tener los romanos, á quien todo inspiraba desde la mas tierna infancia un patriotismo esclusivo, que los hacia injustos con los demas pueblos de la tierra? ¿Un filósofo que en Roma hubiese recomendado las virtudes sociales, habria sido escuchado favorablemente por un Senado perverso, cuyo interes consistia en que el pueblo estuviese siempre en guerra, para de este modo oprimirle mas facilmente y tenerle mas sujeto

á sus decretos? Semejante filósofo habria quizá sido admirado como un elocuente sofista; pero sus máximas se considerarían como contrarias á los intereses del estado. Un hombre verdaderamente sensible, justo y virtuoso hubiera pasado en Roma por un mal ciudadano.

Los verdaderos principios de la moral repugnan en todo á las nociones, costumbres é instituciones opuestas á la sociabilidad, que se hallan establecidas en casi todos los pueblos; desenvolviendo á sus ojos las reglas de la justicia, los fundamentos de la autoridad, los derechos de los ciudadanos, ¿cual es el gobierno que no sospeche al instante que se critica su conducta, y que se quiere atacar su poder? No habiendo sido, ni siendo todavía por lo comun la política sino el arte fatal de cegar á los pueblos y de esclavizarlos, se ha creído casi siempre interesada en oscurecer las luces y las ideas, y en reducir la razon á un eterno silencio. Enfin, la verdadera moral encontró siempre contradictores tercios y obstinados en la ignorancia, la pusilanimidad y la inercia de aquellos mismos ciudadanos que tenían mas necesidad de que ella moderase las pasiones de los que de continuo la oprimían y tiranizaban.

Estos obstáculos son incapaces de arredrar á las almas que están poseídas de un sincero

y ardiente deseo de ser útiles al género humano, é inflamadas de amor de la virtud. La moral es la verdadera ciencia del hombre, la mas importante para él, la mas digna de ocupar toda la atencion y conato de una criatura verdaderamente sociable. A la moral, pues, pertenece fortalecer el espíritu humano, dar racionalidad al hombre, quitarle los andadores de la infancia, y enseñarle á caminar con seguridad y firmeza hácia los objetos realmente apreciables, y dignos de que el entendimiento los desee y los busque. Los talentos reunidos de los hombres que piensan debieran conspirar en dar á conocer, así á los pueblos como á sus gefes, sus verdaderos intereses para desengañarlos de tantas bagatelas, de tan vanos juguetes, y de tantas pasiones ciegas y miserables, que causan sus desgracias é infelicidades. Sobrado tiempo han empleado los talentos en lisongear baja y torpemente al poder y la grandeza, en propagar los errores, en fomentar los vicios, y en ocupar y distraer el fastidio de los hombres; el talento y el ingenio debieran ya trabajar en su instruccion y felicidad. ¿Hay un objeto mas digno de nuestra curiosidad que la ciencia de vivir bien y ser feliz?

La moral es la ciencia de la felicidad; es útil y necesaria á todos los habitantes de la

tierra ; es útil á las naciones , á los príncipes , á los ciudadanos , á los grandes y á los pequeños , á los ricos y á los pobres , á los padres y á los hijos , á los amos y á los criados , porque á todos estimula igualmente á buscar su bienestar y su dicha. Sin ella , se probará que la política no es mas que un arte infame y funesto para destruir las costumbres de los pueblos : sin ella , el género humano se ve de continuo perturbado por la ambicion de los reyes : sin ella , una sociedad no reúne sino enemigos siempre prontos á dañarse : sin ella , las familias desavenidas y en continua guerra solo se acarrear desgracias é infelicidades , atormentándose incesantemente con sus caprichos y locuras : sin ella enfin , todo hombre es continuo juguete y víctima constante de los vicios y excesos á que le abandona su ciega imprudencia.

En una palabra , la moral es la que regula el destino del universo ; abraza y reúne los intereses de toda la especie humana ; y manda con razon y justicia á todos los pueblos , á todos los reyes , á todos los ciudadanos , sin que sus decretos sean nunca jamas impunemente violados. La *política* , como bien pronto veremos , no es mas que la moral aplicada á la conservacion de los estados ; la *legislacion* es la moral consagrada por las leyes ; el *derecho*

de gentes es la moral aplicada á la conducta de las naciones entre sí ; el *derecho natural* no es otra cosa que el conjunto de las reglas de la moral fundadas en la naturaleza del hombre. Con tan justo título puede llamarse esta ciencia *universal* , pues que su vasto imperio comprende todas las acciones del hombre en todas las situaciones de la vida.

Los hombres que meditan , deben contribuir á disipar de esta ciencia importante las nubes que por tanto tiempo la han rodeado , hasta que sus principios , cuidadosamente discutidos y aclarados , tengan aquel grado de certidumbre que convezza los espíritus. Guiada la moral por la esperiencia , no debe afectar el lenguaje de la alegoría , ni pedir y presentar del alto empireo oráculos ambiguos ; debe renunciar los delirios y estravagancias del platonismo ; abandonar el tono enfadoso y molesto del estoicismo ; abjurar la singularidad del cinismo ; librarse de los laberintos del aristotelismo : enfin , guiada por la rectitud y la buena fe , debe hablar con sencillez y franqueza , no asombrar con paradojas , y avergonzarse y detestar la charlatanería de la que tan frecuentemente la han revestido hombres vanos y engañosos,

Para que la moral sea útil (lo diremos una y muchas veces) debe ser sencilla y verdadera ,

y explicarse con claridad : entonces no se pondrá el deslumbrar y sorprender con vanos adornos y aparatos , que regularmente desfigurán la verdad ; no prometerá un supremo bien ideal , vinculado á una apatía insociable , á una dañosa misantropía y á una oscura y permanente tristeza ; no aconsejará á los hombres que huyan unos de otros , ni que se aborrezcan mutuamente ; no entibiará su amor á la virtud con austeros preceptos , con impracticables consejos , ni con perfecciones inaccesibles ; nunca les prescribirá virtudes contrarias á su naturaleza ; ántes bien los consolará en sus aflicciones y penalidades , diciéndoles que esperen su fin , y que busquen sus remedios ; les ordenará que sean hombres , que reflexionen y se conozcan á sí mismos , y que consulten á su razón , la cual siempre los hará justos , benéficos y sociables , enseñándoles en que consiste su verdadero bienestar , permitiéndoles los placeres honestos é indicándoles los medios legítimos de asegurar una sólida felicidad durante una vida libre de oprobio y de remordimientos.

Este es el fin y el objeto de esta obra en la que se intenta examinar la naturaleza del hombre , su tendencia invariable , los deseos ó pasiones que le mueven , los principios de la vida social , las virtudes que mantienen , y

los vicios que perturban su armonía. En la primera parte se procura dar una sencilla teoría de la moral , esponiendo con claridad y precision los principios de esta ciencia de las costumbres. En la segunda se aplican los principios establecidos en la primera á todos los estados de la vida. Aunque temerosos de incurrir en la nota de difusos , no hemos podido menos de repetir y aplicar á veces unos mismos principios , á fin de recordarlos y traerlos á la memoria de aquellos lectores que no pudieren comprenderlos de una vez con exaetitud y perfeccion. Una moral elemental exige que se sacrifique la brevedad al deseo de que la entiendan todos. Las obras de un estilo conciso , aunque mas agradables ciertamente á las personas ilustradas , no son siempre útiles á las que buscan en ellas la instruccion ; resultando ademas muchas veces obscuridad del laconismo escesivo.

Enfin , para unir la autoridad á la razón , se ha enriquecido esta obra con pensamientos notables y máximas útiles sacadas de los antiguos y de los modernos , con el objeto de formar una especie de concordancia , que haga mas fuerte cada uno de los eslabones del sistema moral que se intenta establecer.